Del Tratado de san Cipriano, obispo y mártir,

Sobre la oración del Señor

(Cap. 4-6: CSEL 3, 268-270)

LA ORACIÓN HA DE SALIR DE UN CORAZÓN HUMILDE

Las palabras del que ora han de ser mesuradas y llenas de sosiego y respeto. Pensemos que estamos en la presencia de Dios. Debemos agradar a Dios con la actitud corporal y con la moderación de nuestra voz. Porqu$_e$ así como es propio del falto *de* educación hablar a gritos, así, por el contrario, es propio del hombre respetuoso orar con un tono de voz moderado. El Señor cuando nos adoctrina acerca de la oración, nos manda hacerla en secreto, en lugares escondidos y apartados en nuestro mismo aposento, lo cual concuerda con nuestra fe, cuando nos enseña *que* Dios está presente en todas partes, que nos oye y nos ve a todos y que, con la plenitud de su majestad, penetra incluso los lugares más ocultos tal como está escrito: *¿Soy* yo *Dios sólo de cerca, y no soy Dios también de lejos? Si alguno se esconda en su .escondrijo, ¿acaso no lo veo yo? ¿Acaso no lleno yo el cielo y la tierra? Y* también: *En todo lugar los ojos de Dios observan a malos y buenos.*

Y, cuando nos reunimos con los hermanos para celebrar los sagrados misterios, presididos por el sacerdote de. Dios, no debemos olvidar este respeto y moderación ni ponemos a ventilar continuamente sin ton ni son nuestras peticiones, deshaciéndonos en un torrente de palabras, sino encomendarlas humildemente a Dios, ya que él escucha no las palabras, sino el corazón, ni hay eñe convencer a gritos a aquel que penetra nuestros pensamientos, como lo demuestran aquellas palabras suyas: *¿Por qué pensáis tan mal? Y* en otro lugar: *Así conocerán todas las Iglesias que yo soy quien escudriña las entrañas y los corazones.*

De este modo oraba Ana, como leemos en el primer libro *de* Samuel, ya que ella no rogaba a Dios a gritos, de un modo silencioso y respetuoso, en lo escondido de su corazón. Su oración era oculta, pero manifiesta su fe; hablaba no con la boca, sino con el corazón, porque sabía que así el Señor la escuchaba, y, de este modo consiguió lo que pedía, porque lo pedía con fe. Esto nos recuerda la Escritura, cuando dice: *Hablaba interiormente, y no se oía su voz aunque movía los labios, y el Señor la escuchó.* Leemos también en los salmos: *Reflexionad en el silencio de vuestro lecho.* Lo mismo nos sugiere y enseña el Espíritu Santo por boca de Jeremías, con aquellas palabras: *Hay que adorarte en lo interior, Señor.*

El que ora, hermanos muy amados, no debe ignorar cómo oraron el fariseo y el publicano en el templo. Este último, sin atreverse a levantar sus ojos al cielo, sin osar levantar sus manos, tanta era su humildad, se daba golpes de pecho y confesaba los pecados ocultos en su interior, implorando el auxilio de la divina misericordia, mientras que el fariseo oraba satisfecho de sí mismo; y fue justificado el publicano. Porque, al orar, -no puso la esperanza de la salvación en la convicción de su propia inocencia, ya que nadie es inocente, sino que oró confesando humildemente sus pecados, y aquel que perdona a los humildes escuchó su oración.

Del Tratado de san Cipriano, obispo y mártir,

Sobre la oración del Señor

(Cap. 8-9: CSEL 3, 271-272)

NUESTRA ORACIÓN ES PÚBLICA Y COMÚN

Ante todo, el Doctor de la paz y Maestro de la unidad no quiso que hiciéramos una oración individual y privada, de modo que cada cual rogara sólo por sí mismo. No decimos: «Padre mío, que estás en el cielo», ni: "Dame hoy mi pan de cada día., ni pedimos el perdón de las ofensas sólo para cada uno de nosotros, ni pedimos para cada uno en particular que no caigamos en tentación y que nos libre del mal. Nuestra oración es pública y común, y cuando oramos lo hacemos no por uno solo, sino por todo el pueblo, ya que todo el pueblo somos como uno solo.

El Dios de la paz y el Maestro de la concordia, que nos enseñó la unidad, quiso que orásemos cada uno por todos, del mismo modo que él incluyó a todos los hombres en su persona. Aquellos tres jóvenes encerrados en el horno de fuego observaron esta norma en su oración, pues oraron al unísono y en unidad *de* espíritu y de corazón; así lo atestigua la sagrada Escritura que, al enseñarnos cómo oraron ellos, nos los pone como ejemplo *que* debemos imitar en nuestra oración: *Entonces -dice- los tres,* a *una sola voz, se pusieron a cantar, glorificando y bendiciendo a Dios.* Oraban los tres a una sola voz, y eso que Cristo aún no les había enseñado a orar

Por eso fue eficaz su oración, porque agradó al Señor aquella plegaria hecha en paz y sencillez de espíritu. Del mismo modo vemos que oraron también los apóstoles, junto con los discípulos, después *de* la ascensión del Señor.

Todos ellos —dice la Escritura— *perseveraban en* la *oración, con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres y de María, la madre de Jesús, y de los hermanos de éste.* Perseveraban unánimes en la oración, manifestando con esta asiduidad y concordia de su oración que *Dios, que hace habitar unánimes en la casa,* sólo admite en la casa divina y eterna a los que oran unidos en un mismo espíritu.

¡Cuán importantes, cuántos y cuán grandes son, hermanos muy amados, los misterios que encierra la oración del Señor, tan breve en palabras y tan rica en eficacia espiritual! Ella, a manera de compendio, nos ofrece una enseñanza completa de todo lo que hemos de pedir en nuestras oraciones. *Vuestra oración* —dice el Señor- ha *de ser así: «Padre nuestro, que estás en el cielo.»*

El hombre nuevo, nacido de nuevo y restituido a Dios por su gracia, dice en primer lugar: *Padre,* porque ya ha empezado a ser hijo. La Palabra vino a *los suyos* —dice el Evangelio— y *los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, a los que creen en su nombre, les dio poder de llegar* a *ser hijos de Dios.* Por esto, el que ha creído en su nombre y ha llegado a ser hijo de 'Dios debe comenzar por hacer profesión, lleno de gratitud, de su condición de hijo de Dios, llamando Padre suyo al Dios que está en el cielo.

Del Tratado de san Cipriano, obispo y mártir,

Sobre la oración del Señor

(Cap. 11-12: CSE.I. 3, 274-275)

SANTIFICADO SEA TU NOMRE

Cuán grande es la benignidad del Señor, cuán abundante la riqueza de su condescendencia y de su bondad para con nosotros, pues ha querido que, cuando nos pongamos en su presencia para orar, lo llamemos con el nombre de Padre y seamos nosotros llamados hijos de Dios, a imitación de Cristo, su Hijo; ninguno de nosotros se hubiera nunca atrevido a pronunciar este nombre en la oración, si él no nos lo hubiese permitido. Por tanto, hermanos muy amados, debemos recordar y saber que, pues llamamos Padre a Dios, tenemos que obrar como hijos suyos, a fin de que él se complazca en nosotros, como nosotros nos complacemos de tenerlo por Padre.

Sea nuestra conducta cual conviene a nuestra condición de templos de Dios, para que

se vea de verdad que habita en nosotros. Que nuestras acciones no desdigan del Espíritu: hemos comenzado a ser espirituales y celestiales y, por consiguiente, hemos de pensar y obrar cosas espirituales y celestiales, ya que el mismo Señor Dios ha dicho: Yo *honro a los que me honran, y serán humillados los que me desprecian.* Asimismo el Apóstol dice en una de sus cartas: *No os pertenecéis a vosotros mismos; habéis sido comprados a precio; en verdad glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo.*

A continuación añadimos: *Santificado sea tu nombre,* no en el sentido de que Dios pueda ser santificado por nuestras oraciones, sino en el sentido de que pedimos a Dios que su nombre sea santificado en nosotros. Por lo demás, ¿por quién podría Dios ser santificado, si es él mismo quien santifica? Mas, como sea que él ha dicho:

Sed *santos, porque yo soy santo,* por esto pedimos y rogamos que nosotros, que fuimos santificados en el bautismo**,** perseveremos en esta santificación inicial. Y esto lo pedimos cada día. Necesitamos, en efecto, de esta santificación cotidiana, ya que todos los días delinquimos, y por esto necesitamos ser purificados mediante esta continua y renovada santificación.

El Apóstol nos enseña en qué consiste esta santificación que Dios se digna concedernos, cuando dice: *Ni los impuros, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afemina-dos, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los calumniadores, ni los rapaces poseerán el reino de Dios.* Y *en verdad que eso erais algunos; pero fuisteis lavados, fuisteis santificados, fuisteis justificados en el nombre de Jesucristo, el Señor, por el Espíritu de nuestro Dios.* Afirma que hemos sido santificados en el nombre de Jesucristo, el Señor, por el Espíritu de nuestro Dios. Lo que pedimos, pues, es que permanezca en nosotros esta santificación y —asordándonos de que nuestro juez y Señor conminó a aquel hombre que él había curado y vivificado a que no volviera a pecar más, no fuera que le sucediese algo peor- no dejamos de pedir a Dios, de día y *de* noche, que la santificación y vivificación que nos viene de su gracia sea conservada en nosotros con ayuda de esta misma gracia.

Del Tratado de san Cipriano, obispo y mártir,

Sobre la oración del Señor

(Cap. 13-15: CSEL 3, 275-278)

VENGA TU REINO, HÁGASE TU VOLUNTAD

Prosigue la oración que comentamos: *Venga tu reino.* Pedimos que se haga presente en nosotros el reino de Dios, del mismo modo que suplicamos que su nombre sea santificado en nosotros. Porque no hay un solo momento en que Dios deje de reinar, ni puede empezar lo que siempre ha sido y nunca dejará de ser. Pedimos a Dios que venga a nosotros nuestro reino que tenemos prometido, el que Cristo nos ganó con su sangre y su pasión, para que nosotros, que antes servimos al mundo, tengamos después parte en el reino de Cristo, como él nos ha prometido, con aquellas palabras: *Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino que está preparado para vosotros desde la creación del mundo,* ' También podemos entender, hermanos muy amados, este reino de Dios, cuya venida deseamos cada día, en el sentido de la misma persona de Cristo, cuyo próximo advenimiento es también objeto de nuestros deseos. El es la resurrección, ya que en él resucitaremos, y por esto podemos identificar el reino de Dios con su persona, ya que en él hemos de reinar. Con razón, pues, pedimos el reino de Dios, esto es, el reino celestial, porque existe también un reino terrestre. Pero el que ya ha renunciado al mundo está por encima de los honores Y del reino de este mundo.

Pedimos a continuación: *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo,* no en el sentido de que Dios haga lo que quiera, sino de que nosotros seamos capaces de hacer lo que Dios quiere. ¿Quién, en efecto, puede pedir que Dios haga lo que quiere? Pero a nosotros sí que el diablo puede sentimientos impedirnos nuestra total sumisión a Dios en y acciones; por esto pedimos que se haga en nosotros la voluntad de Dios, y para ello necesitamos de la voluntad de Dios, es decir, de su protección y ayuda, ya que nadie puede confiar en sus propias fuerzas, sino que la seguridad nos viene de la benignidad y misericordia divina. Además, el Señor, dan-do pruebas de la debilidad humana, que él había asumido, dice: *Padre mío, si es posible, que pase este* cáliz sin *que yo lo beba, y,* para dar ejemplo a sus discípulos de que hay que anteponer la voluntad de Dios a la propia, añade: Sin *embargo, no se haga mi voluntad, sino la tuya.*

La voluntad de Dios es la que Cristo cumplió y enseñó. La humildad en la conducta, la firmeza en la fe, el res- peto en las palabras, la rectitud en las acciones, la misericordia en las obras, la moderación en las costumbres; el no hacer agravio a los demás y tolerar los que nos hacen a nosotros, el conservar la paz con nuestros hermanos; el amar al Señór de todo corazón, amarlo en cuanto Padre, temerlo en cuanto Dios; el no anteponer nada a Cristo, ya que él nada antepuso a nosotros; el mantenernos inseparablemente unidos a su amor, el estar junto a su cruz con fortaleza y confianza; y, cuando está en juego su nombre y su honor, el mostrar en nuestras palabras la constancia de la fe que profesamos, en los tormentos la confianza con que luchamos y en la muerte la paciencia que nos obtiene la corona. Esto es querer ser coherederos de Cristo, esto es cumplir el precepto de Dios y la voluntad del Padre.

Tratado de san Cipriano, obispo y mártir,
Sobre la oración del Señor

(Cap. 18. 22: CSEL 3, 280-281. 283-284)

DESPUES DEL ALIMENTO,

PEDIMOS EL PERDÓN DE LOS PECADOS

Continuamos la oración y decimos: *Danos hoy nuestro pan de cada día.* Esto puede entenderse en sentido espiritual o literal, pues de ambas maneras aprovecha a nuestra salvación. En efecto, el pan de vida es Cristo, y este pan no es sólo de todos en general, sino también nuestro en particular. Porque, del mismo modo que de- timos: Padre *nuestro,* en cuanto que es Padre de los que lo conocen y creen en él, de la misma manera decimos: *Nuestro pan,* ya que Cristo es el pan de los que entramos en contacto con su cuerpo.

Pedimos que se nos dé cada día este pan, a fin de que los que vivimos en Cristo y recibimos cada día su eucaristía como alimento saludable no nos veamos privados, por alguna falta grave, de la comunión del pan celestial y quedemos separados del cuerpo de Cristo, ya que él mismo nos enseña: Yo *soy el* pan *vivo bajado del cielo; todo el que coma de este pan vivirá eternamente; y el* pan *que yo voy a dar es mi carne ofrecida por la vida del mundo.*

Por lo tanto, si él afirma que los que coman de este pan vivirán eternamente, es evidente que los que entran en contacto con su cuerpo y participan rectamente de la eucaristía poseen la vida; por el contrario, es de temer, y hay que rogar que no suceda así, que aquellos que se privan de la unión con el cuerpo de Cristo queden también privados de la salvación, pues el mismo Señor nos conmina con estas palabras: *Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre,*

s sea dado cada día nuestro pan, es decir, Cristo, para que todos los cine v y permanecemos en Cristo no nos apartemos de su cuerpo que nos santifica.

Después de esto, pedi bién por nuestros *Peca* dos, diciendo: *nuestras ofensas, como también n perdonamos a los que nos ofenden.* s del alimento, pedimos el perdón de dos.

Esta peti s es muy conveniente y provechos e ella nos recuerda que somos pecadores e al exhortarnos el Señor a pedir el p e los pecados: despierta con ello nues ciencia. Al mandarnos que pidamos ía el perdón de nuestros pecados n eña que cada día pecamos, y así nadie p nagloriarse de su inocencia ni sucumbir a .

Es lo misn nos advierte luan en su carta, cuando d *decimos que no tenemos pecado, no iamos a nosotros mismos, y la verdad no en nosotros. Si confesamos nuestros p fiel y bondadoso es el Señor para per s y purificamos de toda iniquidad.* as nos enseña en esta carta: que hemo edir el perdón de nuestros pecados, esta oración nos alcanza el perdón. Por esto dice que el Señor es fiel, porqu ha prometido el perdón de los peca-dos y no puede faltar a su palab ue, al enseñarnos pedir que sean perd nuestras ofensas y pecados, nos ha pro su misericordia paternal y, en consecuen erdón.

do dice: *Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, fiel y bondadoso es el Señor para perdonarnos y purificamos de toda iniquidad. Dos* cosas nos enseña en esta carta: que hemos de pedir el perdón de nuestros pecados, y que esta oración nos alcanza el perdón. Por esto dice que el Señór es fiel, porque él nos ha prometido el perdón de los peca-dos y no puede faltar a su palabra, ya que, al enseñar

nos pedir que sean perdonados nuestras ofensas y pe cadsos, nos ha prometido su misericordia paternal y, en consecuencía, su perdón.

onsorio Sal 30, 2. 4; 24, 18

ti, Señór, me acojo: no quede yo nunca defrauda.• .; tú eres mi roca y mi baluarte. * Por tu nombre dirígeme y guíame.

ira mis trabajos y mis penas y perdona todos mis :• •cados.

'or tu nombre dirígeme y guíame. .'on

Dios, fuerza de los que en ti esperan, escucha nuessúplicas y, puesto que el hombre es frágil y sin ti puede, concédenos la ayuda de tu gracia, para ob; tus mandamientos y agradarte con nuestros de-y acciones. Por nuestro Señór Jesucristo, tu Hijo.

VIERNES

Ificio de lectura

ERA LECTURA

1:

Sro de los Jueces 8, 22-23. 30-32; 9, 1.15. 19-20

ER INTESIO DEL PUEBLO DE DIOS PORTENER UN REY

aquellos días, los hombres de Israel dijeron a Ge

ina sobre nosotros tú, tu hijo y tu nieto, pues nos Ivado de la mano de Madián.»

Del trat san Cipriano obispo y mártir,

Sobre la oración ñor

5)

QUE LOS QUE SOMOS HIJOS DE DIOS PERMANEZCAMOS EN LA PAZ DE DIOS

El Señor añade una condición necesaria e ineludible, que es a la vez un mandato y una promesa, esto es, que pidamos el perdón de nuestras ofensas en la medida en que nosotros perdonamos a los que nos ofenden, p$_{ara}$ que sepamos que es imposible alcanzar el perdón que pedimos de nuestros pecados si nosotros no actuamo$_{s}$ de modo semejante con los que nos han hecho algu$_{na}$ ofensa. Por ello dice también en otro lugar: *Con la medida con que midáis se os medirá a vosotros. Y* aquel siervo del Evangelio, a quien su amo había perdonado toda la deuda y que no quiso luego perdonarla a su compañero, fue arrojado a la cárcel. Por no haber querido ser indulgente con su compañero, perdió la indulgencia que había conseguido de su amo.

Y vuelve Cristo a inculcarnos esto mismo, todavía con más fuerza y energía, cuando nos manda severamente: *Cuando estéis rezando, si tenéis alguna*

cosa contra alguien, perdonadle primero, para que vuestro Padre celestial os perdone también vuestros pecados. Pero si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre celestial perdonará vuestros pecados. Ninguna excusa tendrás en el día del juicio, ya que serás juzgado según tu propia sentencia y serás tratado conforme a lo que tú hayas hecho.

Dios quiere que seamos pacíficos y concordes y que habitemos *unánimes en su casa*, y que perseveremos en nuestra condición de renacidos a una vida nueva, de tal modo que los que somos hijos de Dios permanezcamos en la paz de Dios y los que tenemos un solo espíritu tengamos también un solo pensar y sentir. Por esto Dios tampoco acepta el sacrificio del que no está en concordia con alguien, y le manda que se retire del altar y vaya primero a reconciliarse con su hermano; una vez que se haya puesto en paz con él, podrá también reconciliarse con Dios en sus plegarias. El sacrificio más importante a los ojos de Dios es nuestra paz y concordia fraterna Y *un* pueblo cuya unión sea un reflejo de la unidad que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Además, en aquellos primeros sacrificios que ofrecieron Abel y Caín, lo que miraba Dios no era la ofrenda en sí, sino la intención del oferente, y por eso le agrado la ofrenda del que se la ofrecía con intención recta. Abel, el pacífico y justo, con su sacrificio irreprochable, enseñó a los demás que, cuando se acerquen al altar para hacer su ofrenda, deben hacerlo con temor de Dios, con rectitud de corazón, con sinceridad, con paz y concordia. En efecto, el justo Abel, cuyo sacrificio había reunido estas cualidades, se convirtió más tarde él mismo en sacrificio y así, con su sangre gloriosa, por haber obtenido la justicia y la paz del Señor, fue el primero en mostrar lo que había de ser el martirio, que culminaría en la pasión del Señor. Aquellos que lo imitan son los que serán coronados por el Señor, los que serán reivindicados el día del juicio.

Por lo demás, los discordes, los disidentes, los que no están en paz con sus hermanos no se librarán del pecado de su discordia, aunque sufran la muerte por el nombre de Cristo, como atestiguan el Apóstol y otros lugares de la sagrada Escritura, pues está escrito: *Quien aborrece a su hermano es un homicida, y* el homicida no puede alcanzar el reino de los cielos y vivir con Dios. No puede vivir con Cristo el que prefiere imitar a Judas y no a Cristo.

Del Tratado de san Cipriano, obispo y mártir,

Sobre la oración del Señor

(Cap. 28-30: CSEL 3 287-229)

HAY QUE ORAR NO SÓLO CON PALABRAS, SINO TAMBIÉN CON HECHOS

No es de extrañar, queridos hermanos, que la oración que nos enseñó Dios con su magisterio resuma todas nuestras peticiones en tan breves y saludables palabras. Esto ya había sido predicho anticipadamente por el profeta Isaías, cuando, lleno de Espíritu Santo, habló de la piedad y la majestad de Dios, diciendo: *Palabra que acaba y abrevia en justicia, porque Dios abreviará su palabra en todo el orbe de la tierra.* Cuando vino aquel que es la Palabra de Dios en persona, nuestro Señor Jesucristo, para reunir a todos, sabios e ignorantes, y para enseñar a todos, sin distinción de sexo o edad, el camino de salvación, quiso resumir en un sublime compendio todas sus enseñanzas, para no sobrecargar la memoria de los que aprendían su doctrina celestial y para, a que aprendiesen con facilidad lo elemental de la fe cristiana.

Y así, al enseñar en qué consiste la vida eterna, nos resumió el misterio de esta vida

en estas palabras tan breves y llenas de divina grandiosidad: *Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo.* Asimismo, al discernir los prime-ros y más importantes mandamientos de la ley y los profetas, dice: *Escucha, Israel; el Señor, Dios nuestro, es el único Señor; y: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Éste es el primero. El segundo, parecido a éste,* es:

Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Estos dos mandamientos son el fundamento de toda la ley y los profe tas. Y también: *Todo cuanto queréis que os hagan los demás, hacédselo igualmente vosotros. A esto se reducen la ley y los profetas.*

Además, Dios nos enseñó a orar no sólo con palabras, sino también con hechos, ya que él oraba con frecuencia, mostrando, con el testimonio de su ejemplo, cuál ha de ser nuestra conducta en este aspecto; leemos, en efecto: *Jesús se* retiraba *a parajes solitarios,* para entre*garse a la oración;* y también: *Se* retiré' a *la montarla* para orar, y *pasó* toda *la noche haciendo oración a Dios, El Señor, cuando oraba, no pedía por sí mismo* —¿qué podía pedir por sí mismo, si él era inocente?—, sino por nuestros pecados, como lo declara con aquellas palabras que dirige a Pedro: *Satanás os busca* para zarandeareis *como el trigo en la criba; pero yo he rogado por ti,* para *que no se apague tu fe.* Y luego ruega al Padre por todos, diciendo: *Yo te ruego no sólo por éstos, sino por todos los que, gracias a* su *palabra, han de creer en mí, para que todos sean uno;* para *que, así como tú, Padre, estás en mí y yo estoy* en ti, sean *ellos* una *cosa en nosotros. Gran* benignidad y bondad la de Dios *para nuestra salvación:* no *contento* con redimirnos con su sangre, ruega también por nosotros. Pero atendamos cuál es el deseo de Cristo, expresado en su oración: que así como el Padre y el Hijo son una misma cosa, así también nosotros imitemos esta unidad.